

Ut procul Hercyniæ per vasta silentia silva
Venari tuto liceat, lucosque vetusta
Religione truces et robora, numinis instar
Barbarici, nostræ feriant impune bipennes.

CLAUDIAM., De laud. Stilicon.

En cuanto á las armas pendientes de las ramas de los árboles, Arminio, escitando á los germanos á la guerra, les dice que ellos han colgado en sus bosques las armas de los romanos vencidos: «Cerni adhuc germanorum in lucis signa romana, quæ diis patris suspenderit.» (TACIT., Ann., libro 39.) Jornandez cuenta lo mismo de un uso de los godos.

ix.—Pág. 53. Una gala lo prometió á Diocleciano.

No siendo todavía Diocleciano mas que mero oficial, encontró en las Galias á una mujer-bada la cual le profetizó que llegaría á ser emperador cuando hubiera muerto á Aper; y como *aper* en latin significa jabali, fue Diocleciano á caza de estos animales, pero sin éxito; por último, habiendo envenenado Aper prefecto del pretorio, al emperador Numeriano, Diocleciano mató á Aper de una estocada, y fue el sucesor de Numeriano.

x.—Pág. 53. Muchas veces hemos dispuesto de la púrpura.

Claudio, Vitelio, etc., fueron aclamados emperadores en la Galia. Vindex fue el primero que levantó el estandarte de la revolucion contra Neron. Los romanos decian que sus guerras civiles tenian siempre principio en las Galias.

xi.—Pág. 53. Nueva Eponina.

Es inútil estenderse sobre una historia tan sabida. Habiendo tomado Sabino el título de César, y vencido por Vespasiano, y fue á esconderse en un sepulcro, en el que estuvo nueve años sepultado con su mujer Eponina.

xii.—Pág. 54. Una especie de guitarra.

Los bardos no conocian la lira, y mucho menos el harpa, como los supuestos bardos de Macpherson. Todas estas cosas son costumbres falsas que solo sirven para confundir las ideas. Diodoro de Sicilia (lib. V) habla del instrumento de música de los bardos, y lo compara á una especie de cítara.

xiii.—Pág. 54. La sombra de Dido.

... Qualem primo qui surgere mense
Aut videt aut vidisse putat per nubila lunam.

xiv.—Pág. 54. ¡Hércules! tu desembarcaste en la frondosa Aquitania.

Diodoro de Sicilia es quien refiere esta fábula del viaje de Hércules á las Galias, y del matrimonio de este héroe con la hija de un rey de Aquitania (lib. V.) No dice los nombres del rey ni de la princesa, pero se encuentran en otros autores.

xv.—Pág. 54. El séлаго.

El lector encuentra en el texto cuanto puede saber sobre esta planta misteriosa de los galos. La autoridad es Plinio. Hist., lib. XXIV, cap. XI.

xvi.—Pág. 54. Tomaré la forma de una paloma campestre...

Ya se ha visto que los druidas de la isla de Saina, se atribuían el poder de cambiar de forma. Véase la nota III de este libro, y la nota LX del libro precedente.

xvii.—Pág. 54. Los cisnes son menos blancos...

Un pasaje de Amiano-Marcelino, citado en la nota V del libro precedente, dice que las galas tenian los brazos blancos como la nieve. Diodoro, como tambien hemos visto en la misma nota, añade que eran hermosas; pero que á pesar de su hermosura, los hombres no les eran muy fieles. Estrabon (lib. IV) observa que ellas se creian felices cuando parian y criaban por sí mismas á sus hijos: «Pariendo educandoque fetus, felices»

xviii.—Pág. 54. Nuestros ojos tienen el color y el brillo del cielo.

Los ojos de los galos eran verdaderamente azules, pero

toda la antigüedad da á los galos un mirar torbo y feroz; ya hemos visto que Amiano-Marcelino lo atribuye igualmente á las mujeres. Velleda hermosa, pues, el retrato, y es natural, pues sabe que no es amada.

xix.—Pág. 54. Nuestros caballos son tan hermosos, que tus romanos nos los compran.

Marcial lo dice (lib. VIII, 35; lib. XIV, 23.) Tertuliano (*de Gultu femin.*, cap. VI.) y San Gerónimo (HIERONIM. epist. VII.) han declarado contra este antojo de las damas romanas. Segun Juvenal (SAT. VI.) fueron las cortesanas las que introdujeron esta moda en Italia.

xx.—Pág. 54. Cierta sello divino...

Velleda se está hermoheando todavía, pues atribuye á las galas lo que Tácito dice de las germanas: «Inesse quin etiam sanctum aliquid et providum putant.»

TACIT., de Mor. Germ.

xxi.—Pág. 54. La flota de los francos.

Esta pequeña circunstancia de la armada de los francos está ya preparada mucho tiempo antes. Véase el libro precedente y la nota LX del mismo libro.

xxii.—Pág. 54. Los bárbaros elegían... para desembarcar el momento de las tormentas.

Véase la nota IV del lib. VI.

xxiii.—Pág. 55. Una dilatada serie de piedras drúidicas, etc.

Es el monumento de Carnac en la Bretaña, cerca de Quiberon; y como está exactamente descrito en el texto, nada tengo que añadir aquí.

xxiv.—Pág. 55. En esta costa habitan algunos pescadores desconocidos para tí...

Esta historia del paso de las almas á la isla de los bretones, está sacada de Procopio (*Hist. Goth.*, lib. VI, cap. 20), y como tambien está muy exacta en el texto, no tengo tampoco nada que añadir en esta nota. Plutarco (*de Oracul. defec.*) habia ya contado poco mas ó menos la misma historia antes de Procopio.

xxv.—Pág. 55. El torbellino de fuego...

Esta circunstancia de los torbellinos se encuentra en todos autores citados en la nota precedente.

xxvi.—Pág. 55. Me escribirás cartas que arrojarás en la hoguera fúnebre...

«Cuando los galos quemán á sus muertos, dice Diodoro trad. de Terras., dirigen cartas á sus amigos ó parientes difuntos, las cuales echan en la hoguera, como si aquellos debiesen recibirlas y leerlas.»

xxvii.—Pág. 55. Caigo á los piés de Velleda.

Esto sustituye dos renglones muy atrevidos de las primeras ediciones. La expresion está mas moderada, y el pasaje no pierde nada de su fuerza; solo se ha hecho con este cambio mas casto y de mejor gusto.

xxviii.—Pág. 55. El infierno da la señal de este himeneo funesto, etc.

Yo he trasladado aquí en otra religion los famosos versos del IV libro de la *Eneida*.

... Prima et Tellus et pronuba Juno
Dant signum: fulsere ignes, et conscuis æther
Connubiis, summeque ulularunt vertice Nymphæ.

xxix.—Pág. 55. Mis labios articularon naturalmente el idioma de los infiernos.

Aquí se ha suprimido todo un párrafo, por lo cual nada queda ya en este episodio que pueda ofender los oídos del lector, á menos que no sea ya lícito el tratar de las pasiones en una epopeya. Si los largos combates de Eudoro, si la execracion con que habla de su falta, y si el arrepentimiento mas sincero, no lo disculpan, no tengo conocimiento alguno del arte ni del corazon humano.

xxx.—Pág. 55. Los gritos en que prorrumpen los galos, cuando quieren comunicarse una nueva.

«Ubi mayor atque illustrior incidit res, clamore per agros regionesque significant: hunc alii deinceps excipiunt et proximis tradunt.» (CÆS., in Comment., lib. VII.)

xxxi.—Pág. 56. Y que desde lo alto de un aprisco.

Ardua tecta petit stabuli, et de culmine summo
Pastorale canit signum, cornuque recurvo.
Tartaream intendit vocem, etc. (ÆX., VII.)

xxxii.—Pág. 56. Como una segadora.

Hasta ahora se habia comparado al joven moribundo con la yerba, con la flor cortada, «succisus aratro»; yo me sirvo de los términos de la comparacion, pero comparo á Velleda con la misma segadora. La circunstancia de la hoz de oro me ha sugerido naturalmente esta imágen; tal vez un diestro poeta podrá aprovecharse de esta idea, y arreglar algun dia todo esto con mas gracia que yo.

Aquí se terminan los «cantos» á la patria. He pintado nuestro doble origen; he ido á buscar nuestros usos y costumbres en su cuna, y he mostrado la religion naciente entre los hijos mayores de la Iglesia. Si se reúnen estos seis libros y sus notas, se tendrá á la vista un cuerpo completo de documentos auténticos, pertenecientes á la historia de los francos y de los galos. Eudoro es testigo entre los francos de uno de los mayores milagros de la caridad evangélica, viene luego á dar una caída en la Galia, y un sacerdote cristiano de esta misma Galia le vuelve á la senda de la verdadera religion. Por lo tanto, Eudoro lleva necesariamente á los calabozos un recuerdo de estas comarcas medio montañesas, á las que debe, por decirlo así, sus virtudes y su triunfo. De esta manera participamos, nosotros los franceses, de su gloria, y á lo menos, con relacion á esto, el héroe de los *Mártires* aunque extraño, se encuentra enlazado con nuestro suelo. Estas consideraciones, patéticas tal vez, no se hubieran ocultado á la critica, si no se hubiese querido condenar ciegameute mi obra, aparentando desconocer un trabajo grande y un asunto interesante, aun para la patria misma.

LIBRO UNDECIMO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 56. La gran época de mi vida.

He aquí absouutamente enlazada la narracion con la accion, pues produce el arrepentimiento y la penitencia de Eudoro, y todo lo que entra en los designios de Dios; designios esplotados ya en libro del *Cielo*.

ii.—Pág. 56. Me nombró prefecto del pretorio de las Galias.

Mas arriba he dicho que Ambrosio era el hijo del prefecto del pretorio de las Galias; pero ahora supongo que el padre de Ambrosio habia muerto, ó que no desempeñaba ya este encargo.

iii.—Pág. 56. Me embarqué en el puerto de Nimes.

Véase el prólogo.

iv.—Pág. 57. Marcelino admitió mi arrepentimiento; y aun me hizo esperar que abreviada mi prueba...

Los cánones señalaban siete años para expiar los errores de la clase de los que habia cometido Eudoro; así Marcelino hace gracia al culpable no dejándole mas que cinco años fuera de la iglesia. Las primeras ediciones de los *Mártires* daban siete años á la penitencia del hijo de Lasténes, lo que formaba la totalidad del tiempo canónico.

v.—Pág. 57. Que todavía se hallaba en Egipto.

Debe acordarse el lector que cuando Eudoro pasó á las Galias, habia ido Diocleciano á pacificar el Egipto, que un tirano que pretendia apoderarse de la púrpura, habia logrado sublevar. (Véase lib. V y lib. IX.)

vi.—Pág. 57. Muelle de Marco Aurelio.

Tal vez Civita-Vecchia.

vii.—Pág. 57. Envian en tiempos de escasez para conducir el trigo destinado al socorro de los pobres.

En las ediciones precedentes se leia: «á buscar trigo.» (Véase la vida de San Juan el Limosnero, en la *Vida de los Padres del Desierto*, trad. de ARNAULD d' ANDILLY, página 350.)

viii.—Pág. 57. De Utica y de Cartago. Mario y Caton...

Véase aquí un cielo, una tierra, una mar, y recuerdos bien diferentes de los de las Galias. Yo he recorrido este camino que ahora va siguiendo Eudoro: si cansa la narracion de mi héroe, no será á lo menos por falta de variedad.

ix.—Pág. 57. A la vista de la colina, donde descolllara un día el palacio de Dido...

Doblando la punta meridional de Sicilia, y rozando la costa de Africa para ir á Egipto, se podia descubrir á Cartago. Mucho tendria yo que decir sobre las ruinas de esta ciudad, ruinas mas considerables de lo que generalmente se cree; pero no es este el lugar oportuno.

x.—Pág. 57. Una columna de humo.

Mænia respiciens, quæ jam infelicis Elise
Collucent flammis. Quæ tantum accenderit ignem
Causa latet.

xi.—Pág. 57. No era como Eneas.

Eudoro era no obstante descendiente de Filopémen y el último representante de los grandes hombres de la Grecia.

xii.—Pág. 57. No tenia, como él... la órden del cielo.

Eudoro se equivoca; él iba siguiendo las órdenes del cielo, y el imperio romano le deberá su salvacion, puesto que con su muerte va á entronizar el Cristianismo sobre el solio de los Césares; pero el hijo de Lasténes ignora sus altos destinos, y los males que ha causado humillan su corazon.

xiii.—Pág. 57. El promontorio de Mercurio, y el cabo donde Escipion...

El promontorio de Mercurio, llamado en el dia el cabo Bon, segun el doctor Shaw y d' Anville. Cuando Escipion pasó al Africa con su ejército, descubrió la tierra, y preguntó al piloto cómo se llamaba aquella tierra. Es el cabo Bello, respondió el piloto; y Escipion hizo volver la proa hácia esta parte. (Tiro Livio, lib. X.)

xiv.—Pág. 57. Impelidos por los vientos hácia la pequeña Sirte.

Yo pasé cinco dias al ancla en los pequeños bagios, precisamente para evitar el naufragio que los antiguos encontraban en este golfo. El fondo de estos bagios se va siempre elevando hasta la playa: de manera que andando con la sonda en la mano, se viene á anclar en un buen fondo de arena y á las brazas que se quiere. La poca profundidad que tiene el agua hace que la mar esté tranquila, aun con los vientos mas fuertes; y estos bagios, tan peligrosos para las naves de los antiguos, vienen á ser un puerto en medio del mar para los buques modernos.

xv.—Pág. 57. La torre que sirvió de asilo al gran Anibal.

«Una peninsula, dice d' Anville, en la que se encuentra un sitio que los francos llaman Africa, parece haber sido el lugar que ocupaba la *Turris Annibalis* de donde salió este famoso cartaginés, siempre temido de los romanos, cuando dejó el Africa para retirarse al Asia.»

xvi.—Pág. 57. Creia ver aquellas victimas de Verres.

Alude á aquel hermoso pasaje de la V.^a Verrina, cap. 48 en que Ciceron presenta á un ciudadano romano espirando en la cruz, en cumplimiento de las órdenes de Verres, á la vista de las costas de Italia.

xvii.—Pág. 57. La isla deliciosa de los lotófagos.

Esta isla es probablemente en el dia la de Zerbi. Toda-
via comen el loto en toda esta costa. Plinio distingue dos

especies de loto. (Lib. XIII, cap. XVII. Véase también la ODISEA.)

xviii.—Pág. 57. Los altares de Filenes, y á Léptis, patria de Severo.

Seguendo el orden, debería haberse puesto Léptis antes que los altares de Filenes; pero chocaba al oído. «*Philonorum ara* es un monumento consagrado á la memoria de dos hermanos cartagineses que se espusieron á la muerte por estender hasta allí las dependencias de su patria. (D'Anville.) Léptis es una de las tres ciudades de que trae el nombre la provincia de Trípoli. Severo y San Fulgencio eran de Léptis. Consérvanse todavía algunas ruinas de esta ciudad con el nombre de Liba.

xix.—Pág. 57. Una erguida columna atrajo en breve nuestras miradas.

Volviendo yo á Europa, permaneci muchos dias en el mar á la vista de la columna de Pompeyo, y seguramente tuve bastante tiempo para observar el efecto que hace en el horizonte. Aquí da principio la descripción del Egipto. Ruego al lector que la siga paso á paso, y que examine si encuentra en ella exageracion, poca claridad ó el menor deseo de producir efecto con palabras pomposas: puedo engañarme, porque no soy tan hábil como los críticos, pero estoy muy seguro de lo que he visto con mis propios ojos, y desgraciadamente veo las cosas tales como son.

xx.—Pág. 57. Por Polion, prefecto del Egipto.

Esto es lo que dice la inscripcion que leyeron los ingleses por medio del yeso que pusieron en la basa de la columna. Creo que he sido el primero, ó uno de los primeros en dar á conocer esta inscripcion en Francia, la cual inserté en un número del *Mercurio*, cuando este periódico me pertenecía.

xxi.—Pág. 57. El sabio Didimio.

Ha habido dos Didimios, entrambos sabios: el segundo, que vivia en el siglo IV, era cristiano, y versado igualmente en las antigüedades profana y sagrada. Puede suponerse sin inconveniente, que el segundo Didimio es el autor del *Comentario sobre Homero*. Este ocupó la cátedra de la escuela de Alejandria; y por esto le llamo sucesor de Aristarco; corrigió también á Homero, y fue ayo del hijo de Tolomeo Lago. Con esto no he llevado otro fin que el recordar dos nombres gratos á las letras.

xxii.—Pág. 57. Arnobo.

Continúa el cuadro de los nombres esclarecidos que tenia la iglesia, en la época en que pasa la acción: en el día, son los de la iglesia de Oriente. Aquí aparecen algunos anacronismos, que podria no obstante defender; pero no se trata de eso.

xxiii.—Pág. 57. Depósito de los remedios y los venenos del alma.

Ya se conoce la famosa inscripcion de la biblioteca de Tébas en Egipto. ¿No es mas justa para nosotros con la palabra que yo he añadido?

xxiv.—Pág. 57. Contemplaba aquella ciudad...

Muchas veces me he puesto á contemplar á Alejandria de lo alto de la azotea que hay en la casa del cónsul de Francia; y no descubria mas que una mar desnuda que venia á estrellar en una costa baja, y mas desnuda todavía; algunos puertos vacios, y el desierto libico que se internaba por el horizonte del Mediodía. Este desierto parecia, por decirlo así, aumentar y prolongar la superficie amarillenta y aplañada de las olas; hubiérase creído ver una sola mar cuya mitad estaba agitada y causaba gran ruido, y la otra estaba inmóvil y silenciosa. Por todas partes mezclaba la nueva Alejandria sus ruinas con las ruinas de la antigua ciudad; veíase á un árabe galopando á lo lejos sobre un asno, en medio de los escambros; algunos perros flacos devorando los cuerpos de camellos muertos sobre un arenal desierto, y los pabellones de los diversos cónsules europeos ondear encima de sus alojamientos, desplegando, en medio de los sepuleros, banderas enemigas: tal era el espectáculo que desde aquel punto se presentaba á mi vista.

xxv.—Pág. 57. Como una coraza macedonia.

¿Cómo me he atrevido á traducir la voz *clamides* del original por *coraza*? Hé aquí lo que prueba que mis descripciones no son buenas sino para aquellos que no han leído cosa alguna sobre el Egipto. ¿Tendria yo por ventura alguna autoridad que no quisiera descubrir, ó no he llevado otro fin que el de servirme de la imagen sacada de las armas de Alejandro? Esto es lo que podrá decirnos la critica.

xxvi.—Pág. 58. Aquellos valientes que reclinaron al espirar...

«Et non dormient cum fortibus cadentibus... Qui posuerunt gladios suos sub capitibus suis.» (EZECHIEL, cap. XXXII, v. 27.)

xxvii.—Pág. 58. Que acaba de bañarse en las aguas del Nilo.

Vitula elegans atque formosa Egiptus. Las aguas del Nilo no son nunca amarillentas, como se ha dicho, durante la inundacion; tienen si un color rojizo como el del lodo que van dejando, y esto es lo que todo el mundo ha podido observar también como yo.

xxviii.—Pág. 28. Un cielo que se rejuvenece cada año.

Véase aquí toda la descripción del Egipto: me parece que nada digo en ella que sea extraordinario ni contrario á la pura y simple verdad. La expresion es mia sin duda, mas si he de creer á personas que son muy buenos jueces, no debo pasar cuidado alguno sobre el particular.

xxix.—Pág. 58. Faraon yace allí con todo su pueblo, cuyos sepulcros se estienden en su derredor.

No sé si otro habia ya notado antes que yo este pasaje de los *Profetas* que pinta tan bien las Pirámides. Aquí se me presentaba á mi un vasto campo para ampliarlo, y sin embargo me he contentado con hacer una pintura rápida de este imponente espectáculo; despues de lo que ha dicho Bossuet, hay que callar sobre estos grandes sepulcros. Cuando descubri las Pirámides, subiendo el Nilo para ir al Cairo, me presentaron la imagen que dejo espresada en el texto. Lo hermoso del cielo, el Nilo, parecido entonces á una pequeña mar, la mezcla de las arenas del desierto y los tapices del mas fresco verdor; las palmeras, las cúpulas de las mezquitas, los minaretes del Cairo, las pirámides de Saccara que se descubrían á lo lejos, y de las que parecia nacer el caudaloso rio como si saliera de sus inmensos receptáculos: todo esto presentaba un cuadro que no tiene igual en el resto del mundo. Si algo pudiera compararse á estos sepulcros de los reyes de Egipto, serian los sepulcros de los salvajes, en las márgenes del Ohio. Estos monumentos, como lo tengo dicho en la *Atala*, pueden muy bien llamarse las pirámides de los desiertos, y los bosques que los circuyen son los palacios que la mano de Dios ha levantado al hombre-rey sepultado debajo del monte del sepulcro.

xxx.—Pág. 58. Bañada por el lago Aqueronte, por donde Caronte pasaba los difuntos.

«Estas felices llanuras que dicen son la mansion de los muertos justos, no son en si mas que las hermosas campiñas que se hallan en las inmediaciones del lago Aquerusa, cerca de Ménfis, y que están divididas en campos y estanques cubiertos de trigo ó loto. No sin fundamento se ha dicho que los muertos habitan en aquel paraje: pues allí es en efecto en donde van á terminarse los funerales de la mayor parte de los egipcios, cuando despues de haber hecho atravesar á sus cuerpos el Nilo y el lago Aquerusa, los depositan en fin en las tumbas que bajo de tierra están dispuestas en toda aquella campiña. Las ceremonias que aun en el día se practican en el Egipto, concuerdan con todo lo que los griegos dicen del infierno, tal como la barca para pasar á los muertos, la moneda que se ha de dar al barquero, llamado *Caronte*, en lengua egipcia; el templo de la tenebrosa Hecate, colocado á la entrada del infierno; las puertas del Cócito y del Leteo, puestas sobre goznes de bronce, y otras puertas, que son las de la Verdad y de la Justicia, que está sin cabeza.» (DIODORO, lib. I, traduc. de TERRASSON.)

xxxi.—Pág. 58. Visité á Tebas, la de las cien puertas.

«Busiris hizo de Tebas la ciudad mas opulenta, no solo

del Egipto, sino del mundo entero. La fama de su poder y de sus riquezas cundió por todas partes y dió ocasion á Homero á hablar de ella. Sin embargo, en sentir de algunos autores, no tenia Tebas cien puertas, sino que, tomando el número de ciento por muchas, la llamaban *Hecatompilo*, no por sus puertas, tal vez, sino por los grandes vestibulos que habia á la entrada de sus templos.» (DIODORO, libro I, secc. II, traduc. de TERRASSON.)

xxxii.—Pág. 58. A Tentira, la de las magnificas ruinas...

En el día se llama Dendera, y la supongo arruinada ya en tiempo de Eudoro, tal como lo está al presente. En tiempo de los griegos y de los romanos no existian ya una porcion de ciudades egipcias, y estos iban como nosotros á admirar sus ruinas. Yo doy aquí mil ciudades al Egipto; Diodoro cuenta tres mil; y segun el cálculo de los sacerdotes, ascendian hasta diez y ocho mil; pero si se hubiese de dar fe á Teócrito, este número seria todavía mucho mas considerable. Diocleciano destruyó muchas ciudades de la Tebaida, haciendo allí la guerra para ahogar la rebelion de Aquileo.

xxxiii.—Pág. 58. Que dió un Cecrops y un Inaco á la Grecia; que fue visitado...

Cecrops fundó á Atenas, é Inaco á Argos. Entre los sabios que han visitado el Egipto, cuenta Diodoro, guiándose por lo que han dicho los sacerdotes egipcios, á Orfeo, Museo, Melampo, Dédalo, Homero, Licurgo, Solon, Platon, Pitágoras, Eudoxio, Demócrito, Enópides; y yo he añadido los grandes personajes de la Escritura. (DIODORO, lib. I.)

xxxiv.—Pág. 58. Aquel Egipto donde el pueblo juzgaba á sus reyes...

Yo citaré á Rollin, digno de figurar al lado de los historiadores antiguos: «Luego que un hombre moria, lo ponian en juicio. Escuchábase para esto al acusador público, y si probaba que la conducta del difunto habia sido mala, se condenaba su memoria, y quedaba privado de sepultura. El pueblo admiraba el poder de las leyes, que se estendia hasta despues de la muerte; y movido cada cual del ejemplo, temia deshonorar su memoria y su familia. Si el muerto no era convencido de falta alguna, se le sepultaba honrosamente.

«Pero lo mas admirable en esta pesquisa pública establecida contra los muertos, es que el trono mismo no se exceptuaba de ella. Los reyes no eran molestados durante su vida, pues así lo exigia el sosiego público, pero no se eximian del juicio que tenian que sufrir despues de la muerte; y algunos fueron privados de sepultura.» (ROLLIN, *Hist. des Egypt.*)

xxxv.—Pág. 58. Donde se tomaba prestado dando por prenda el cuerpo de un padre.

«En el reinado de Asinias como sufría mucho el comercio por la escasez de numeracion; publicó este rey segun me dijeron ellos, una ley por la cual se prohibia el tomar nada prestado, á no ser que se diese por prenda el cuerpo de su padre. Añadióse además á esta ley que el acreedor tendria también en su poder la sepultura del dador; y que si este se negaba á pagar la deuda, por la cual hubiere hipotecado una prenda tan preciosa, no podria ser puesto, despues de su muerte, en la sepultura de sus padres, ni en ninguna otra, y que no podria, despues del fallecimiento de ninguno de los suyos, tributarles esta honra.»

HERODOTO, lib. II, traduc. de MR. LARCHER.

xxxvi.—Pág. 57. Donde el padre que habia dado la muerte á su hijo...

«No hacían morir á los padres que habian dado muerte á sus hijos; pero se les obligaba á tener abrazados sus cuerpos durante tres dias y tres noches consecutivas, en medio de la guardia pública que los rodeaba.» (DIODORO, lib. II, secc. II, traduc. de TERRASSON.)

xxxvii.—Pág. 58. Donde se paseaba un féretro al rededor de la mesa de un festin...

«En los banquetes que se dan entre los ricos, se pasea despues de la comida, alrededor de la sala, un féretro con una figura de madera, tan bien trabajada y pintada, que representa perfectamente un muerto. Solo tiene un codo ú

dos de largo lo mas, y lo van enseñando sucesivamente á todos los convidados diciéndoles. «Echad la vista sobre este hombre; despues de muertos os pareceréis á él; hebed, pues, y divertios ahora.»

HERODOTO, lib. II, trad. de MR. LARCHER.

xxxviii.—Pág. 58. Donde las casas se llamaban posadas, y las sepulturas casas.

«Todos estos pueblos, mirando la duracion de la vida como un tiempo muy corto y de poca importancia, clavan al contrario toda su atencion en la larga memoria que deja la virtud tras sí. Por esto llaman á las casas de los vivos posadas por las que no hacen mas que pasar; pero dan el nombre de moradas eternas á las sepulturas de los muertos, de donde no salen mas. Así, los reyes se han mostrado indiferentes en cuanto á la construccion de sus palacios y se han esmerado en la de sus sepulcros.»

DIODORO, lib. I, secc. II, trad. de TERRASSON.

xxxix.—Pág. 58. Sus símbolos ridiculos ó lascivos...

No solo he leído algo sobre el Egipto, como se acaba de ver, sino que conozco bastante los monumentos, y cuando digo que habia símbolos impúdicos en Tébas, en Ménfis y en Hierópolis, no hago mas que recordar lo que el grabado ha recordado desde Pococke, y recordará sin duda todavía. Esta nota treinta y nueve, termina la descripción del Egipto idólatra, en la que, como se ve, no hay una frase ni una palabra, que no esté apoyada en una pederosa autoridad, y se puede observar que he encerrado en pocos renglones toda la historia del Egipto antiguo, sin omitir ni un solo hecho esencial. En la descripción que va á seguir, del Egipto cristiano, y en la pintura del desierto, hubiera yo podido referirme á mis propios ojos, y mi testimonio bastaba, como el de cualquiera otro viajero; no obstante, se verá también que mis relaciones están confirmadas por las relaciones mas auténticas. Así, hablando francamente, me considero mas fuerte en todo esto que mis enemigos; y puesto que me han forzado á ello por medio del ataque mas ridiculo, me veo obligado á probarles que han hablado de cosas que absolutamente no entienden.

xl.—Pág. 58. Acababa de concluir un tratado con los pueblos de la Nubia.

Por este tratado habia cedido Diocleciano á los etiopes el país que ocupaban los romanos mas allá de las cataratas.

xli.—Pág. 58. Representaos, señores, unas regiones arenosas.

Partimos de Benisalet, dice el padre Siccard, el 25, para ir al lugar de Baiad, que está al Oriente del rio, y en este lugar tomamos guias para que nos condujesen al desierto de San Antonio. Salimos de Baiad el 26 de mayo montados en camellos, y escoltados por dos hombres que venian para cuidarlos. Seguimos nuestro camino hácia el Norte, costean-do el Nilo, y despues de haber andado una ó dos leguas, nos dirigimos hácia Levante para entrar en el célebre desierto de San Antonio, ó de la Baja Tebaida.... Allí principia una llanura arenosa, y se estiende hasta la garganta de Jebel... Subimos hasta la cumbre de este monte, y descubrimos una llanura de estension prodigiosa... Su terreno es pedregoso y estéril. Las lluvias, que son allí muy frecuentes en el invierno, forman muchos torrentes; pero se quedan secos durante todo el verano... No se ven en toda la llanura mas que algunas acacias silvestres, que tienen tantas espinas como hojas, y estas son tan claras que no ofrecen mas que un mediano socorro al viajero que busca en su sombra un abrigo contra los ardores de un sol abrasador.» (*Lett. edif.*, tomo V, página 191 y sig.) Hasta aquí, como se ve, nada he imaginado, y el padre Siccard, que pasó tantos años en Egipto, este misionero que sabia el griego, el copto, el hebreo, el siriaco, el árabe, el latino, el turco, etc., no habia leído nada tal vez sobre el Egipto, ni visto cosa alguna en aquel país. Únicamente he sustituido el nopal á la acacia, como mas característico de semejantes parajes. Pero, séame permitido decir que yo he encontrado el nopal en las inmediaciones del Cairo, de Alejandria, y en general en todos los desiertos de aquellas comarcas. Sin embargo, si absolutamente no se quiere que haya nopales en Oriente, á pesar mio y á pesar de todos los viajeros, capitularé sobre este punto.

Es necesario no obstante que yo enseñe á la critica una

cosa que tal vez no sabe, y el modo de atacarme. En la época en que yo pongo nopales en Oriente, hay anacronismo de historia natural. Los cactus son de origen americano; y traídos después al Africa y al Asia, se han multiplicado de tal modo, que en el día está cubierta de ellos toda la cordillera del Atlas, en términos que algunos botánicos llegan á dudar si estas plantas son naturales á los dos continentes. Un solo vegetal que se introduzca en una comarca basta para cambiar todo el aspecto del país. El álamo de Italia, por ejemplo, ha dado otro carácter á nuestros valles. Yo he pintado y debido pintar lo que veía en Oriente, sin atender en esta parte á la cronología de la historia natural.

XLII.—Pág. 59. Los restos de bajeles petrificados...

«Sobre la superficie de la llanura, dice el padre Siccard, se ven á trechos algunos mástiles tendidos en el suelo, y otras piezas de maderas semejantes á las que conducen los ríos en balsas, y que parecen ser reliquias de algunas embarcaciones; pero cuando se les toca, todo lo que parece madera se encuentra no ser mas que piedra» (*Lettr. edif.*, tomo V, pág. 48). Es verdad que el padre Siccard cuenta esta particularidad del desierto de Escete y de la *mar sin agua*, y yo la pongo en el desierto de la Baja Tebaida; pero otro viajero debe de haber encontrado iguales petrificaciones yendo del Cairo á Suez; únicamente difiere este de opinión con el misionero en cuanto á la naturaleza de estas petrificaciones.

XLIII.—Pág. 59. Y altos mojones de piedra situados á largas distancias.

«Atravesamos, dice todavía el padre Siccard, el camino de los Angeles; así es como llaman los cristianos una larga hilera de montoncillos de piedras, en la estension de muchas jornadas de camino: esta obra... servia en otro tiempo para dirigir á los anacoretas... porque la arena de aquellas dilatadas llanuras, cuando está movida por los vientos, no deja ni senda ni huella señalada.» (*Lettr. edif.*, tomo V, pág. 29)

XLIV.—Pág. 59. Y la sombra errante de algunos rebaños de gacelas...

«Todas las mañanas aparecían recientemente impresos en la arena los vestigios de jabalíes, osos, hienas, toros silvestres, gacelas, lobos, cornejas y otros animales.» (*PADRE SICCARD, Lettr. edif.*, tomo V, pág. 41). Muchas veces he oído yo por la noche el ruido de los jabalíes que roían algunas raíces que encontraban sobre la arena, y este ruido parece tan extraño, que mas de una vez he tenido que preguntar á mis guías. En cuanto al canto del grillo, es una pequeña circunstancia tan distintiva de aquellas horribles soledades, que me ha parecido conveniente el conservarla. Las mas veces es el único ruido que interrumpe el silencio del desierto Libico y de las cercanías de la mar Muerta; y es tambien el último sonido que percibi en las costas de la Grecia, cuando me embarqué en el cabo Sumio para pasar á la isla de Zaa. Llama á la memoria la idea del hogar del labrador en aquellas soledades, en donde jamás un humo campestre indica la tienda del árabe; presentar á la imaginación el contraste del fértil surco, y de la arena mas árida, no me han parecido cosas que el gusto debiese proibir; y los criticos á quienes he consultado, han sido todos de parecer de que conservase esta pintura.

XLV.—Pág. 59. Hundia sus narices en la arena.

Todos los viajeros han hecho esta observacion. Paocke; Shaw, Siccard, Niebuhr, Volney, etc. Yo he visto tambien frecuentemente á los camellos soplar en la arena de la playa del mar en Esmirna, Jaffa y Alejandria.

XLVI.—Pág. 59. A intervalos, el avestruz prorumpia en gemidos lúgubres...

Especie de grito que se atribuye al avestruz en toda la Escritura. (Véase Job y Miqueas.)

XLVII.—Pág. 59. El horrible viento...

Es el *kamsim*. No se ha escrito obra alguna sobre el Egipto y sobre la Arabia, que no hable de este terrible viento, que algunas veces mata repentinamente á los camellos, caballos y hombres. Los antiguos lo han conocido tambien, segun se puede ver en Plutarco.

XLVIII.—Pág. 59. Una acacia.

Véase la nota XL.

XLIX.—Pág. 59. El rugido de un leon.

Hay quien pretende que no se encuentran leones en los desiertos de la Baja-Tebaida: tal vez podrá ser así. Sábese por Aristóteles que en otro tiempo habia leones en Europa, y aun en Grecia. Yo he seguido en mi testo *la Historia de los Padres del Desierto*, y debía hacerlo así, puesto que era mi asunto. Léase, pues, en mi *Historia* que estos grandes solitarios amansaban los leones, y que estos leones servian algunas veces de guía á los viajeros. Segun San Gerónimo fueron dos leones los que abrieron la sepultura de San Pablo. El padre Siccard asegura que se ven raras veces leones en la Baja-Tebaida, pero que se encuentran muchos tigres, cabras monteses, etc. (*Lettr. edif.*, tomo V, pág. 219.)

L.—Pág. 59. Un datilero.

«La aurora, dice el padre Siccard, nos hizo descubrir un ramillete de palmeras distante como unas cuatro ó cinco millas de nosotros. Dijéronnos nuestros conductores que aquellas palmeras daban sombra á una pequeña laguna, cuya agua, algo salobre, era buena para beber» (*Lettr. edif.*, tomo V, pág. 196.)

LI.—Pág. 59. Empecé á trepar por negros y calcinados peñascos...

«El monasterio de San Pablo, á donde llegamos, está situado al Oriente, en el centro del monte Colzim, y rodeado de profundos torrentes y collados estériles de superficie negra.»

Padre SICCARD, *Lettr. edif.*, tomo V, pág. 250.

LII.—Pág. 59. En el fondo de una gruta.

«Encontré (Pablo) una montaña llena de peñascos, en la que habia, cerca del pié, una gran caverna cuya entrada estaba cerrada con una piedra, y habiéndola alzado para entrar en ella, y mirando atentamente por todas partes, movido de este instinto natural que inclina al hombre á desear conocer las cosas ocultas, descubrió en lo interior como un gran vestibulo, que una palmera vieja habia formado con sus ramas, estendiéndolas y enlazándolas unas con otras, y sin tener mas que el cielo sobre sí. Habia allí una fuente de una agua muy cristalina, con la cual se formaba un arroyo que apenas empezaba á correr, se perdía en un pequeño agujero, y se lo tragaba la misma tierra que lo producía.» (*Vie des Peres du Desert*, trad. de ARNAULD D'ANDILLY, tomo I, pág. 5.)

LIII.—Pág. 59. ¿Cómo van las cosas del mundo?

«Así Pablo, con semblante risueño, le abrió la puerta, y abrazándose entonces muchas veces, se saludaron, nombrándose ambos por sus propios nombres. Dieron juntos gracias á Dios, y después de haberse dado mutuamente el ósculo santo, se sentó Pablo cerca de Antonio, y le habló de esta manera:

«Aquí tenéis á aquel que habeis buscado con tanta molestia, y cuyo cuerpo consumido ya por la edad está cubierto de cabellos blancos todos grasientos. Aquí tenéis á este hombre que en breve será reducido á polvo; mas puesto que la caridad no encuentra nada difícil, decidme, os suplico, ¿cómo va el mundo? ¿Se construyen nuevos edificios en las ciudades antiguas? ¿Quién es el que reina en el día?» (*Vie des Peres du Desert*, trad. de ARNAULD D'ANDILLY, tomo I, pág. 10.)

LIV.—Pág. 59. Hace 113 años que habito en esta cueva...

«Y habiendo ya 113 años que el bienaventurado Pablo llevaba en la tierra una vida enteramente celestial; y viéndolo Antonio, de edad de 90 años (como muchas veces lo decia) en otra soledad, le vino al pensamiento que ningun otro sino él habia pasado en el desierto la vida de un perfecto y verdadero solitario» (*Vie des Peres du Desert*, trad. de ARNAULD D'ANDILLY, tomo I, pág. 6.)

LV.—Pág. 60. Pablo fue á buscar al agujero de un peñasco un pan.

Esto alude á la historia del cuervo de San Pablo. He suprimido todo lo que podria chocar al gusto desdenoso del siglo, sin que por tanto haya omitido nada de lo principal. No es

menester por otra parte que los partidarios de la mitología griten tanto contra la historia de nuestros santos: pues hay cuervos y cornejas que hacen papeles muy singulares en las fábulas de Ovidio. ¿Ignórase por ventura de qué manera se burló Luciano de los dioses del Paganismo, y cuán ridiculos se les puede hacer en efecto? Todo esto es mala fe. Se admira en un poeta griego ó latino lo que se encuentra ridiculo y de mal gusto en la vida de un solitario de la Tebaida. Es muy fácil, no obstante, aligerando algunas circunstancias, hacer de la vida de nuestros santos, trozos llenos de ingenuidad, poesia é interés.

LVI.—Pág. 60. Grandes han sido tus faltas, Eudoro...

Esta escena ha sido preparada en el libro del *Cielo*; acaba de confirmár á mi héroe en la penitencia, le enseña cuáles son sus destinos, y le da el valor del mártir. De esta manera se termina la narracion precisamente en el momento en que Eudoro llega á ser capaz para las grandes acciones que Dios aguarda de él.

LVII.—Pág. 61. Un horizonte inmenso.

«Luego que llegamos al paraje mas alto del monte Colzim, nos detuvimos durante algun tiempo para disfrutar el placer de contemplar el mar Rojo, que se hallaba á nuestros piés, y el célebre monte Sinai que limitaba nuestro horizonte.» (*Lettr. edif.*, tomo V, pág. 214.)

LVIII.—Pág. 62. Una caravana...

El establecimiento de las caravanas es de la mas remota antigüedad. La primera que se encuentra en la Historia Romana asiende al tiempo de Augusto, en cuya época pasó á la Arabia una expedicion de las legiones con el objeto de descubrir los aromas.

LIX.—Pág. 62. Naves cargadas de perfumes y sedas.

Los romanos recibian por el mar Rojo los aromas del Oriente y las sederias de las Indias. Los filósofos griegos pasaban algunas veces á las Indias á estudiar la ciencia de los bracones.

LX.—Pág. 62. Confesor de la fe...

Este trozo completa la pintura del Cristianismo, hace ver la serie y las consecuencias de la accion, y presenta á Eudoro recompensado, castigados sus perseguidores, y á las naciones modernas haciéndose cristianas sobre los restos del mundo antiguo y las ruinas de la idolatria.

LXI.—Pág. 62. Grande rebelion de sus padres.

Es la rebelion de Adan y la caída del hombre. Lo demás del pasaje pertenece á la moral escrita, á las revoluciones del Oriente, etc., no tiene necesidad de comentarios. Yo supongo, con algunos autores, que el Egipto ha llevado sus dioses á las Indias, como ciertamente los ha traído á la Grecia. No obstante, pudiera ser que la opinion contraria fuese la verdadera, y que fuesen tal vez los indios los que han poblado el Egipto. «Mundum tradidit disputationibus eorum»

LXII.—Pág. 62. Has visto al Cristianismo penetrar...

Esto vuelve á poner á la vista la relacion y el objeto de la relacion.

LXIII.—Pág. 62. El gran dragon del Egipto.

«Ecce ego ad te, Pharo rex Egipti, draco magne, qui cubus in medio fluminum tuorum, et dicis: Meus est fluvius» (EZECHIEL XXIX)

LXIV.—Pág. 62. Los demonios de la lujuria...

Esto alude á las tentaciones de los santos en la soledad, y á los milagros que hizo Dios en favor de los piadosos habitantes del desierto.

LXV.—Pág. 62. La pirámide de Cheops hasta el sepulcro de Osimandua.

La pirámide de Cheops es la gran pirámide que está cerca de Ménfis: el sepulcro de Osimandua se hallaba en Tebas.

Puede verse en Diodoro (lib. I, secc. II) la descripcion de este soberbio sepulcro, que por ser muy larga no copio aqui.

LXVI.—Pág. 62. La tierra de Gesen.

«Dixit itaque rex ad Joseph..... In optimo loco fac eos habitare, et trade eis terram Gessen»

LXVII.—Pág. 62. Se han saciado de la sangre de los mártires, como las copas y el ara del altar...

«Fecit et altare holocausti..... Cujus cornua de angullis procedebant.... Et in usus ejus paravit ex ara vasa diversa» (Exod., cap. XXVII)

LXVIII.—Pág. 62. ¿De dónde vienen esas familias fugitivas?...

Retirado San Gerónimo en su gruta de Belen, sobrevivió á la toma de Roma por Alarico, y vió á muchas familias romanas que iban á buscar un asilo en la Judea.

LXIX.—Pág. 62. Hijos impuros de los demonios y de las hechiceras de la Escitia.

Cuenta Jornandez que habiendo visitado los demonios á unas hechiceras que se hallaban desterradas lejos de las habitaciones de los hombres en los desiertos de la Escitia, salió de aquel trato la nacion de los hunos.

LXX.—Pág. 62. Sus caballos mas veloces que los leopardos, y reunen tropas de cautivos como montones de arena.

«Leviore pardi equi ejus... Et congregavit quasi arenam captivitatem» (HABAC., cap. I, V, 8 y 9.)

LXXI.—Pág. 62. Cubierta la cabeza con un sombrero bárbaro...

Jornandez es aun aqui la autoridad: él da este birrete ó sombrero á estos sacerdotes y jefes de los godos.

LXXII.—Pág. 63. Las mejillas de verde.

«Presentase el Lombardo con las mejillas pintadas con un color verde; diríase que se ha untado su rostro con el jugo de las yerbas marinas que se cria en el fondo del Océano, en cuyas costas habita.» (SIDON-APOL., lib. VII, epis. IX, ad Lampr.)

LXXIII.—Pág. 63. ¿Por qué estos hombres desnudos degüellan á los prisioneros?

Véase la nota 69 del lib. VI.

LXXIV.—Pág. 63. Ese monstruo ha bebido la sangre del romano que ha derribado.

Gibbon cita este rasgo en su *Historia del vuelco del imperio romano*.

LXXV.—Pág. 63. Todos vienen del desierto, de una tierra horrosa.

«Onus deserti maris. Sicut turbines ab Africo veniunt de deserto venit, de terra horribili» (ISAIE., cap. XXI, v. 1)

LXXVI.—Pág. 63. Se acerca para cubrir este pobre cuerpo.

«Mas por haber llegado la hora de mi sueño..... Nuestro Señor os ha enviado (Antonio) para cubrir de tierra este pobre cuerpo, ó por mejor decir, para volver la tierra á la tierra.» (*Vie des Peres du Desert*; trad. de ARNAULD D'ANDILLY, tomo I, pág. 12.)

LXXVII.—Pág. 63. Llevando en la mano la túnica de Atanasio.

«Yo os suplico (Antonio) vayais á buscar el manto que os dió el obispo Atanasio, y me le traigais para sepultarme» (*Vie des Peres du Desert*, trad. de ARNAULD D'ANDILLY, tomo I, pág. 15.)

LXXVIII.—Pág. 63. He visto á Elias...

«He visto á Elias, he visto á Juan en el desierto; y hablando con toda verdad, he visto á Pablo en un paraíso.»